

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
Por un mes. . . . . 4 reales.
Por tres id. . . . . 11 »
Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. . . . . 28 »
Por un año. . . . . 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, -jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado con descuento de dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ALMANAQUE

DE

GIL BLAS,

PARA 1870.

Se halla de venta al precio de 4 reales.

Se regala gratis á todo el que se suscriba hasta el 31 de Diciembre, siempre que lo haga por 3 meses lo ménos.

Crónica.

¿Qué se atreven á proponernos los borbónicos en reemplazo de las alhajas que han desaparecido de Palacio?

Una alhaja del mayor precio: el niño Alfonso, llamado Puigmoltejo por la aristocracia española residente en París.

Indudablemente que según va la raza borbónica ganando en sensibilidad, ilustración y honradez desde Carlos III, el niño deberá ser una verdadera alhaja.

Si saca los nobles impulsos de su abuelo, la severa virtud de su madre y el valor de su papá, nadie habrá, entre los buenos católicos, que compita con él, mirada su conducta desde el punto de vista que el pontificado usa para estos casos.

Lástima será que no quede ninguna rosa de oro vacante.

Roma, que ha multiplicado los huesos de ciertos santos dando á cada país lo que le hacia falta, sabrá también hacer el milagro de las rosas en favor del pobre ex-príncipe, condenado á no ser rey por faltas de mamá, cuando la costumbre aquí era muy distinta, la costumbre establecida era fusilar á los hijos cuando delinquen los padres, según testifica la historia moderna en la familia de Zurbano.

¿Por qué no ha de hacer Roma con la rosa de oro lo que con los sagrados cuepos de ciertos santos propicios?

San Andrés, por ejemplo, dejó su cadáver que se ha prestado á las más ingeniosas operaciones de la química espiritual.

En Constantinopla hay un cuerpo de San Andrés. En Amalphi hay otro.

Pues espérese Vd., que en Tolosa hay otro cuerpo de San Andrés, y dicen que se conserva más fuerte que los pimientos de la Rioja.

Item: en Rusia poseen otro sagrado cuerpo de San Andrés.

Para acabar: en el convento de los Apóstoles de Armenia puede Vd. admirar otro San Andrés.

Parecería á cualquiera que despues de esta multi-

plicación de Andreses, Roma estaría satisfecha. Pues nada de eso. Roma tiene también su cuerpo de San Andrés, que no se ha de quedar sin él para un apuro.

¡Vaya Vd. á saber quién habrá sido el original de esas numerosas traducciones!

¿Qué inconveniente hay en que Roma haga con la rosa de oro lo que ha hecho con el cuerpo de San Andrés?

Es verdad que si la rosa ha de ser de oro, costará más cara que un cuerpo de San Andrés, adquirido probablemente gratis.

Roma, que posee un arsenal de huesos y bendiciones, no posee el oro para darlo sin más ni más al primer católico que se presente, porque está hecha á otras costumbres.

La virtud de la rosa, por otra parte, no estriba en su valor, sino en la intención con que se da, y en las bendiciones que la acompañan.

¿Habría algún mal en que la misma rosa de doña Isabel sirviera para Puigmoltejo, despues de regada con agua bendita y lágrimas de Marfori?

En la prensa, en los círculos políticos y hasta en los cafés no se habla estos días de otra cosa que de las alhajas.

En la conciencia de todos los españoles estaba ya que esas alhajas habían desaparecido, y como los últimos reyes no inspiraban confianza, nadie se atrevía á echar la culpa sobre sus servidores, sin que por esto creyese á algunos de estos incapaces de llevar las pilas de agua bendita de la capilla Real.

El discurso de Figuerola ha producido distinto efecto en la opinión de los hombres de orden.

El ciudadano que escribe estas líneas recibió al siguiente día dos impresiones distintas; uno me dijo: ¿Ha visto Vd. que falta de tacto, decir que doña Isabel ha robado las alhajas, ella que no tenía nada suyo, que lo daba todo?

Momentos despues, me abordó otro hombre de orden y me dijo: En hora buena que hablen del robo de las alhajas, ¡pero hablar públicamente de su liviandad!... ¡Al fin es una señora!

Ambos tenían razón, y ambos por lo mismo dejaban de tenerla. Pero quien ha salido á su defensa con mayor copia de datos es el marqués de Miraflores, y la primera razón que dá para probarnos que no era cierto cuanto en el testamento de Fernando VII se hablaba de alhajas, es la palabra de la misma acusada, la cual dice que el testamento era una broma porque no había alhajas, y que esto equivale á lo de aquel que tomó una copa de ajeno para abrir el apetito sabiendo que no iba á comer.

El marqués de Miraflores, á fuer de hombre serio, se apoya en las palabras de doña María Cristina, con la misma razón que si un juez de paz sentenciase así:

Un marido se muere porque le da la gana ó porque le llegó la hora, y antes, mucho antes de morir, hace testamento diciendo que deja en la cómoda cuatro onzas en oro, mil reales en ochentines y otros mil en escudos. Los testamentarios preguntan por

este dinero, y la esposa contesta que no había tal dinero cuando murió su esposo. Acto continuo el juez exclama: Puesto que la esposa dice que el esposo no dejaba tal dinero, probada queda su inocencia. Condenese al cadáver á la pena de no volver á hacer testamento en falso.

Esto por lo que reza á la defensa de la madre, que en cuanto á la defensa de la hija, el señor marqués de Miraflores encuentra otro argumento de la fuerza de 180 caballos.

Probado, por la palabra honrada de doña María Cristina, que no hay que hacer caso de la palabra honrada de su moribundo esposo, verán ustedes cómo se prueba también la inocencia de doña Isabel.

Cuando su hermana doña Luisa Fernanda se casó por la gracia de los moderados, doña Isabel le compró una corona y otras frioleras. Y dice el marqués de Miraflores:—¿Lo ven Vds.? Si en Palacio hubiera habido alhajas, ¿para qué comprarlas?

Muy bien dicho. ¡Ah, noble marqués, ya puedes desafiar á todos los lógicos del mundo! Solo que siguiendo esa lógica, llegaremos á probar que nunca hubo alhajas, porque dado por ejemplo el primer alfiler de pecho, ¿á qué comprar otro? Si cuando se posee una cosa no se compran más, adiós patrimonio, tú eres un sueño; alhajas de la corona, sois una visión.

Pero demos á cada uno el premio que se merece por su profundo estudio en el asunto de las alhajas y en la defensa de los Borbones.

El Boletín diplomático, como lo indica su título, se indigna con ese noble furor de los corazones agradecidos, al leer el discurso de Figuerola, calificado por él de tabernario y propio de un calabozo cerrado. Este lenguaje, tan propio de la diplomacia de nuestro Boletín, termina por un párrafo que dice, despues de pedir que se abra la información: «Nosotros solo recordaremos que se tengan presentes los muchos á quienes doña Isabel y doña Cristina han socorrido y ayudado en ocasiones difíciles de la vida.»

Esto recuerda aquella anécdota de un reo, acusado de haber muerto á sus padres y á sus hermanos.

El juez.—Acusado, ¿tiene Vd. algo que decir en su defensa?

El reo (con muy buen modo).—¡Que tenga Vd. piedad de este pobre huérfano!

Luis Rivera.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XIX.

Sobre el mejor modo de pasear por el Campo del Moro el pueblo de Madrid, ó el problemático rey de la fracción monárquica vencedora; sobre si conviene que sea ó no de ese problemático rey el fecundo mantial de bellota que, en forma de monte, no lejos de Madrid, se levanta, han dicho cuanto hay que decir los fervorosos monárquicos de la Cámara.



Remota está la hora en que uno á quien no conocemos, sea declarado supremo jefe de la nación española; pero más remotos todavía los casos previstos por el Sr. Ortiz de Pinedo, con respecto á las mútuas conveniencias que el rey y la villa pueden encontrar en que no sean de la villa sino del rey los terrenos que se extienden al pié del palacio que fué real.

Al oír hablar al Sr. Ortiz de Pinedo, de cómo nuestro aleatorio soberano necesitaría aquel terreno para el material de las obras que en su régia morada habia de llevar adelante; de cómo si no se le habia adjudicado dicho terreno, tendria que experimentar la molestia de pedir permiso al municipio para ocuparlo; de cómo el municipio, con gran cortesía, se habia de apresurar á cedérselo; de cómo el pueblo de Madrid se veria privado con disgusto de un paseo á que ya se habia ido acostumbrando, y de cómo podian suceder otras muchas cosas; al oír todo esto, digo, era imposible no acordarse del Hidalgo Manchego, cuando refiere al embobado Sancho lo que le sucederá en aquel reino, despues que enanos y gigantes le habrán presentado al rey y le habrán dado agua á manos en jofaina de oro, y la princesa se habrá enamorado de él, y él no la podrá corresponder porque tendrá los pensamientos y afectos puestos en otra dama, con todas las demas imaginaciones que el amo cuenta como si verdaderamente hubiesen de suceder, y escuchá el criado como si ya estuviesen sucediendo, por la prisa que le corre poner mano en la insula prometida.

Pero, ¡cosa de maravilla!

El Sr. Ortiz de Pinedo sabe poco más ó menos lo que ha de suceder en aquellos tiempos en que haya rey y mande hacer obras en palacio, y en cambio el señor ministro de la Gobernación no sabe lo que el goberndor de Valladolid hace con la desdichada prensa periódica.

Los vallisoletanos lo saben y lo publican; los diarios de Madrid lo saben, lo comentan y lo condenan, ¡y el ministro lo ignora!

Verdad es que perjudicar á la prensa de oposicion, no es tan funesto como apoyar con tibieza á un candidato ministerial; comprendo que el ministro se enojase mucho por lo segundo y viese con indiferencia lo primero; mas ignorarlo, no deberia serle lícito.

A republicanos oscuros se les manda prender desde Madrid en un extremo de España, por sospechas de que acaso se propongan turbar el órden, y entre tanto se ignora qué es lo que pública y oficialmente hace un gobernador á dos pasos de Madrid.

Si el ministro se ha propuesto ignorar la conducta de sus delegados, rindámonos á la evidencia y proclamemos que ha alcanzado el triunfo más completo.

El Sr. Salazar y Mazarredo se entrega á económicos enternecimientos al considerar que á los barceloneses se les negaba el terreno que ocupó la ciudadela.

Si esto le conmueve tanto ¡cómo habrá estado el Sr. Salazar durante el largo tiempo que permaneció en pié aquella ciudadela, donde solian amanecer ahorcados por docenas los catalanes por el delito de haberse anticipado á derribar á los Borbones!

He de buscar en los periódicos viejos las lágrimas del Sr. Salazar sobre este asunto, que deben ser enormes.

Si entre tanto quisiera saber el público la norma de justicia dependiente del Consejo de ministros, recuerde lo que dijo el sábado último para justificar muchas prisiones hechas en Zaragoza.

—Cierto, dijo, que se prendió á algunos que no se habian batido; pero eran federales.

De ahí el raciocinio: soy federal, ergo debo de estar preso.

Averiguado que así raciocina el presidente del Consejo, reconocamos la necesidad de reformar la Constitucion.

Así como así el art. 33 se enmohece...

Roberto Robert.

## LAS ALHAJAS.

Yo, cuando oí hablar por primera vez de las alhajas que habian desaparecido, creí que se trataba de los individuos que se fueron á Francia con doña Isabel II.

Por eso decia entre mí: ¿Pero por qué reclamará nadie semejantes alhajas? ¿Qué falta le hacen á ningún español?

Pero al saber que esas alhajas eran piezas de metales preciosos con pedrería y esmalte, comprendí el afán con que todo el mundo se interesaba por su pronta vuelta, y deseaba ardientemente que se descubriese su paradero.

Hablo con sinceridad: á mí no me causó nunca sorpresa que cada noche de baile en el palacio de Isabel de Borbon, desapareciesen aquellas capas, aquellos abrigos, todos en buen uso, de cuya pérdida solia darnos cuenta el *Diario de Avisos*.

La cosa me parecia lo más natural del mundo. Despues de un baile de palacio, era imposible que nadie se retirase sin el deseo de algo mejor que lo que poseia.

Pero que hayan desaparecido alhajas por valor de 78 millones de reales, y que esas alhajas hayan desaparecido antes de la sublevación republicana, eso sí que me pasma.

Si á lo ménos Fernando VII se las hubiese vendido ocultamente, y hubiese hecho correr la voz de que se las habia dado á guardar á unos federales... el robo, ó sea la desaparición, habria tenido otro carácter ménos alarmante.

Pero él las menciona en su testamento; las enumera en un inventario; el tutor, señora y reina, no se queja nunca de haberlas echado de menos; se pone á helar cada año sus centinelas en la Punta del Diamante, para que ni de dia ni de noche, ni furtivamente, deje de conservar todo en el mejor estado; á los tres años, se pregunta por las dichas alhajas, á quien debia saber de ellas, y dice, como San Pedro, que en su vida las ha visto, y que sin duda se las llevaron los franceses, y que en el testamento no habia tal inventario.

Como era una señora... ¡Vaya Vd. á dudar de su palabra!

Los estuches sí, se encontraron. Setecientos estuches abiertos, como quedarán nuestras sepulturas el dia de la resurrección de la carne, estaban diciendo con muda elocuencia que habian guardado algo.

¿Es posible saber, sospechar quién se apoderó de ellas?

Doña Maria Cristina no pudo ser, porque es una señora.

Los dignatarios del reino, tampoco, porque son unos señores.

No hay más que un punto donde pueda fijarse la sospecha.

En absoluto debe decirse que las alhajas (de la corona, exceptuando las que por valor de 42 millones se llevó á Francia doña Isabel de Borbon, creyendo que iba á volver) han sido robadas por la plebe demagógica.

Cierto que cuando doña Maria Cristina dijo que no sabia de tales alhajas, aun no se habia empezado la predicación de ideas disolventes que los republicanos sustentamos; pero...

A propósito: ¿no causa admiración el desinterés, el menosprecio de los bienes terrenales de que dió tan alta muestra doña Maria Cristina de Borbon?

Le dicen: Señora, en Palacio ha de haber alhajas por valor de cerca de ochenta millones de reales.

Y ella, en vez de inflamarse en codicia y de exaltarse con la idea de poder hacer uso de aquellas preciosidades, se digna contestar:

—¡Boberia! En mi vida las he visto.

—Señora, consta del testamento de vuestro augusto esposo.

Y ella sin ofenderse de la réplica, contrareplica augusta y cristianamente:

—No hay tal inventario, (y añade como Barrutia) preguntárselo á fulano.

Pues, como decia: solo la plebe demagógica puede ser la hurtadora de esas alhajas.

Porque el millon y medio de reales últimamente desaparecido, no fué hurtado, sino con la mera supresión de leves formalidades, pasó por medio de un prelado á manos de D. Francisco de Borbon y por consiguiente, como los dos son unos señores, la cantidad parecerá un día ú otro, y entre tanto sabemos su paradero; pero las alhajas, no es creíble que parezcan y por eso digo que solo la plebe puede haberlas sustraído.

Ya me extrañaba á mí ver de algun tiempo á esta parte que ciertos trabajadores, peones miserables, comían al sol el rico garbanzón, y la sabrosa normanda, y decia para mis adentros:

—¿De donde sale el gasto de tan sibarítico confort?

¡Oh!... ¡Me inclino cada vez más á la opinion de que la plebe es quien ha robado esas alhajas!

¿No habeis notado el gran consumo de vino peleon que ciertos hombres, faltos de medios conocidos de subsistencia, están haciendo?

Y gesto no os dice nada, ¡oh legisladores del país?

¿No os llama de cuando en cuando la atención el encontrar á vuestro paso por la calle algun plebeyo con camisa limpia, sin ser domingo?

Esto no sucedia en tiempo de Fernando VII, cuando las alhajas estaban en su sitio: esto ha sucedido despues, desde que las alhajas desaparecieron con tan poca extrañeza de la reina gobernadora.

Cuando se dió con los estuches, fueron hallados con la boca abierta. ¿Por qué? Porque no habian vuelto en sí de su asombro al ver que los manoseaban manos plebeyas y demagógicas: sobre todo demagógicas.

Y repárese que con la malicia, compañera inseparable de la rusticidad, los robadores fueron dejando los estuches en su sitio, para que se creyese quizá que las sospechas recayesen en quienes pudieran haberlos abierto con toda calma, sin precipitación alguna, y con la seguridad de que en aquel momento no podian ser sorprendidos.

¡Insensata plebe! ¡Como si las sospechas pudieran recaer en... una señora!

La justicia deberia ser pronta é inexorable. A estas horas ya deberia estar presa, no la plebe demagógica de Madrid solamente, sino la de toda España; porque de seguro, entre los muchos que cuando escasea el trabajo fingen que van á buscarlo á otros pueblos, deben estar los que cometieron el robo, y para gozar de su fruto más á mansalva, salieron y tal vez en este mismo instante están saliendo de Madrid.

Las alhajas no parecen: es indispensable registrar los bolsillos de la plebe, hacer un grande escarmiento, y sobre todo, traer muy pronto un candidato al trono.

Roberto Robert.

## CANAL DE SUEZ.

(Continuación.)

Por mucho que antes nos hubieran hablado de esta masa de piedra que se extiende imponente en una superficie de terreno imposible de calcular, no era fácil que nos formáramos idea de lo que realmente era aquella maravilla.

Cuando se llega al pié de aquellos mil grupos de columnas ya en pié ya derribadas; cuando se recorren aquellas inmensas galerías donde las esfinges, los colosos y las piedras salientes yacen esparcidas sin órden ni concierto; cuando el viajero ávido de verlo todo en el menor tiempo posible, vuelve la vista y se encuentra solo y perdido en aquel caos de ruinas venerandas que le rodean envolviéndole en la soledad y el silencio más solemnes, la imaginación no se dá cuenta de la realidad y parece que sea un sueño tanto esplendor y tanta grandeza.

El tiempo ha derribado los capiteles; las columnas inclinadas que han arrastrado en pos de sí coronamientos y bajo-relieves, amenazan aplastar á las que quedan en pié desafiando la fuerza irresistible de dos mil años de existencia. Hundidos en el polvo los colosos, asoman por entre los escombros sus gigantescas moles; y á cada paso que se dá y á cada altura que se gana, nuevas masas de piedra elevándose siempre sobre la pequeñez del hombre pregonan aun en pleno imperio de la civilización y del progreso moderno, el fausto y el esplendor de las dinastías faraónicas.

La sala hipostila tiene 134 columnas, el obelisco de Hatasou, el mayor del mundo, tiene 33 metros de altura. Las columnas rotas, los obeliscos derrumbados, los bajo-relieves de los aposentos que se defiendan de los rigores del tiempo, no tienen número. Y todo está amontonado, piedras, monolitos, pórticos, capiteles, esfinges y colosos. El sol penetra apenas por entre aquellas columnatas, de cuya proximidad no se dá cuenta el arte moderno; los milanos vuelan en torno del solitario monton de ruinas.

La noche nos sorprendió contemplando tanta magnificencia derrumbada. Volvimos á bordo más conmovidos que nunca. Todo lo que hemos visto despues nos ha parecido pequeño. La escursión á la orilla izquierda se hizo al siguiente dia.

Dura fué la jornada. Las insolaciones y las oftalmias fueron para algunos viajeros el premio de su curiosidad artística ó de su entusiasmo por la ciencia.

Al templo de Qeaurnah hicimos una de nuestras primeras visitas. Edificado con arreglo á un pla-



# FRANCIA É ITALIA SE VAN Á DAR LA MANO Á TRAVÉS DEL TÚNEL DE LOS ALPES.

(Discurso de Napoleon el 29 de Noviembre de 1869.)



—Non ti fidar di Lui, ma guarda é pasa!

no que no se comprenderia bien si la ciencia moderna no hubiera dado á conocer los detalles de las ceremonias á cuya consagracion estaba el templo dedicado, puede decirse que Qeannah es más bien un monumento funerario que un templo como los demás que hasta entonces habíamos visto.

El dios del templo era Ramses I, y el monumento fué elevado por su hijo Seti en honor de su padre. Es grande, es severo, pero Karnak acudia enseguida á nuestra memoria.

El *Ranusseum*, que en un tiempo se llamó *Palacio de Memnom* y *Tumba de Osymandias*, constituye la parte más importante de toda esta clásica ruina, á que se da generalmente el nombre de *Valle de los reyes*. La vida privada de Ramses está reproducida en multitud de cuadros que haciendo la vez de tapices, adornan las paredes dando al interior un carácter de severidad extraordinario.

La oscuridad era profunda y fué necesario hacer la visita con luz artificial. Se respiraba un aire infecto. El calor horada la montaña, y á pesar de que la mayor parte de estos monumentos está enterrada en grutas y subterráneos, no es posible disfrutar de una temperatura mas baja, que consolaria en extremo al viajero.

Vimos despues los *colosos*. Servian de adorno al pórtico de un templo que ha desaparecido. La altura de los colosos es de 20 metros próximamente. Lástima que el tiempo haya borrado todo resto del templo, que á juzgar por la entrada debia ser *colosal*; nunca se pudo aplicar mejor la palabra.

Quedaba la excursion á Medinet-Abou, que como dice el autor de nuestro itinerario, era el Versailles de Ramses III. La colina donde se ven las ruinas del templo presenta un golpe de vista encantador en extremo.

Para describir detalladamente todos estos clásicos lugares, se necesitaria el tiempo de que indudablemente han podido disponer los autores de todos los libros referentes á esta privilegiada tierra.

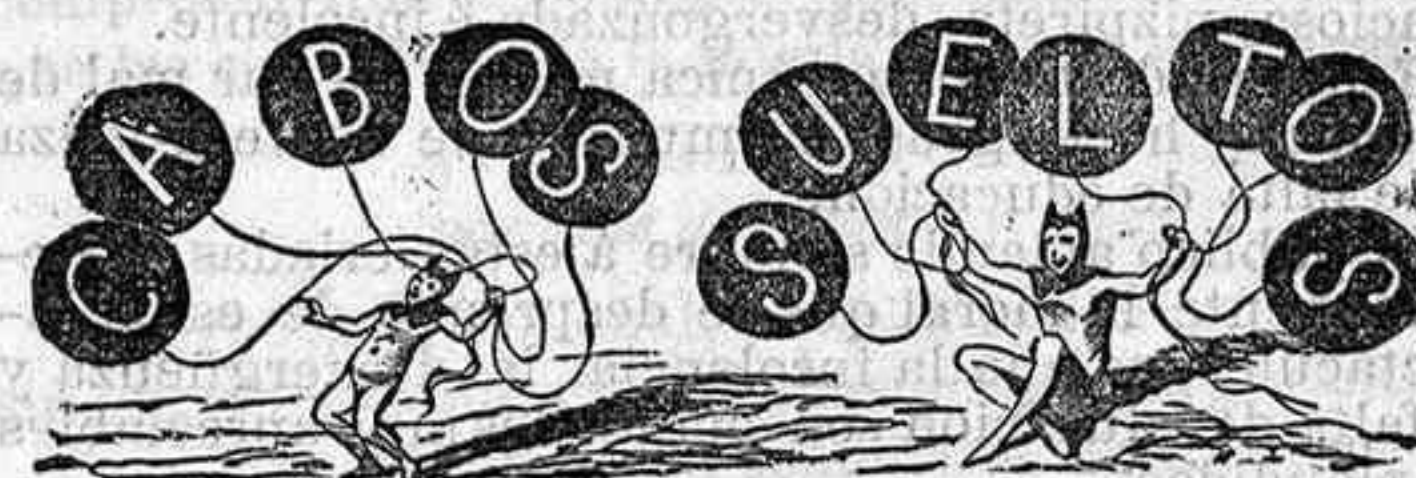
En mi camarote hay diez ó doce volúmenes míos y agenos de guías, historias y descripciones del Egipto. A vuelta de algunas exajeraciones (los autores son franceses), las descripciones suelen estar bien hechas. Pues bien, en todos estos libros la descripción de Tebas ocupa treinta ó cuarenta páginas, y á pesar de eso, he notado que los autores han prescindido de algo importante. Comprenda ahora el lector la dificultad de dar detalles que ha de tener un viajero á quien no le es dado trabajar una hora seguida, y que necesita tomar sus apuntes de prisa y corriendo y sobre el terreno.

Tebas es lo mas bello que se vé en el alto Egipto. Karnak el asombro de cuantos europeos llegan á estas alturas.

Salimos de Tebas y llegamos á Emeh. Nos detuvimos el tiempo suficiente para hacer carbon y ver un templo que parece mas bien una catacumba. Enterrado en lo mas hondo del pueblo, para visitarle hay que meterse debajo de tierra.

Eusebio Blasco.

(Se continuará.)



Entre el jefe de los mahometanos y el jefe de los católicos se han cambiado estos dias algunos regalos.

El sultan ha enviado al papa una sortija, que este ha aceptado con satisfaccion.

Haga Vd. infalible á un hombre como ese que es rey y tiene que andar en tratos con infieles.

Los rumores sobre conspiraciones carlistas crecen, y el capitán general de Vitoria dirige con este motivo una advertencia á las provincias Vascongadas.

¿Tendremos otra jarana?

¡Por Dios que esto pasa ya todos los limites de la prudencia!

Lo hemos dicho: hay en España una masa flotante que vive de las conspiraciones, y esto durará hasta que se renueve la generacion actual.

Costumbres borbónicas; así entraron los Borbones en España y así salen: ¡raza extranjera, raza de maldicion!



Los despachos telegráficos entre el emperador y su cara mitad, durante el viaje de esta á Suez, han costado á Francia ciento sesenta mil francos.

—«Esposo, estoy bien, ¡te amo!»  
—«Que te diviertas, ¡te adoro!»  
¡Y solo por este ramo se saca al pueblo un tesoro!



Francia pide libertad.  
El emperador responde solo del orden.  
Véase cómo marchan siempre de acuerdo los pueblos y los reyes.



Al recién nacido Humberto, nieto de Víctor Manuel, se le ha nombrado cabo de bersaglieri.  
Es muy poco.  
Doña Isabel nombró general al recién casado duque de Montpensier.  
Aprenden los italianos.



Después de relatar *La Nación* las cuquerías del duque de Montpensier en provecho de su peculio, exclama:

«¿Qué le parece al país de la conducta de este régieo candidato?»  
El país puede á su vez preguntar á *La Nación*:  
«¿Qué le parece á Vd. de los candidatos, cuando ese es de los mejores.»



Leo en un periódico la grata noticia de haber sido puesto en libertad mi amigo Pico Dominguez.  
Pero leo con sorpresa en ese periódico que Pico Dominguez se hallaba preso por motivos políticos.  
¿Qué motivos serán esos que todos ellos juntos dan por resultado la libertad?  
Me parecería mejor dicho: se le prendió bajo pretestos políticos.



Los motivos políticos que han sido causa de la libertad y no de la prision de Pico Dominguez, me recuerdan un suceso contemporáneo y político.

So pretexto de sorpresas, de conatos mentales de sedicion, se prendió á dos amigos nuestros, diputados republicanos.

Los pretestos eran tan fútiles y enclenques, que se murieron, y no hubo más remedio que poner en libertad á nuestros amigos.

A los pocos dias, uno de aquellos fué á visitar á sus desgraciados compañeros de cautiverio, y el centinela le dijo que no podía pasar.

Nuestro amigo le suplicó que llamase al cabo de la guardia, y apenas le vió éste, dijo:  
—Déjelo Vd. pasar. El señor es uno de los delinquentes que estuvieron presos aquí por diputados.  
Y tenía razon el bruto.



*La Epoca*, que se habia escandalizado de que el gobernador de Guipúzcoa hubiese abierto la correspondencia privada de un ciudadano, confiesa que ni aquel gobernador ni nadie ha abierto semejante correspondencia.

¿Qué dirán en París?



Vamos á hacer una observacion que alguno de nuestros lectores se habrá hecho alguna vez.

En la mayor parte de las piezas españolas representadas en Madrid suele presentarse una criada graciosa, pizpireta, desvergonzada é insolente.

Esta criada tiene por única mision hablar mal de los amos y hacer graciosa muestra de desvergüenza y de falta de educacion.

El público aplaude siempre á estas criadas, y generalmente la moral que se desprende de estos espectáculos, es que la insolencia, la desvergüenza y la falta de educacion son cualidades muy apreciadas y aplaudidas.

Como los autores españoles se quejan de que el público deja el arte por el can-can, yo me permito hacerles esta pregunta:

¿Creeis que no es mas perjudicial para las familias el ejemplo que dan vuestras criadas que el que dá una mujer bailando de esta ó de la otra manera?

Cuando una criada ve aplaudir en el teatro las desvergüenzas, de seguro, al volver á su casa, siente deseos de llamar *cursis* y tramposos á sus amos.

No le enseñais otra cosa.



No sé qué periódico ha dicho que los nuevos sellos de franqueo van á tener la cabeza de la libertad.

¿Qué cabeza ni que ocho cuartos?

Verá Vd. como es necesario cortar la cabeza á la libertad para que haya nuevos sellos en reemplazo de los de doña Isabel.

¡La cabeza de la libertad! ¡Adios, mi cabeza!

Y una de dos: ó se descabeza á la libertad, ó saldrá descabezado el buen gusto.

No parece sino que el director de Estancadas, señor Gisbert, al leer nuestra opinion sobre los magníficos modelos de sellos de franqueo, presentados al gobierno por un grabador español, se ha dicho á sí mismo:

—¡Qué los adopte *Gil Blas* cuando mande!

—Es claro, esos sellos no tienen otra recomendacion que su mérito, y aquí se hace todo por recomendaciones oficiales.

Lo que *Gil Blas* hubiera hecho si mandara, señor Gisbert, de seguro no hubiera sido conservar el vergonzoso busto de doña Isabel, á pretexto de que habia tantos miles de sellos, cuando los sellos en la fábrica no tienen más valor que el del papel; lo que *Gil Blas* no haria, seria conservar esos sellos del papel de oficio, infancia del arte y afrenta del buen gusto; lo que *Gil Blas* no haria, seria despreciar los buenos modelos y reemplazarlos con otros malos, para vergüenza de España en el extranjero; y por último, lo que *Gil Blas* no haria nunca, seria desatender la opinion de un enemigo, cuando esa opinion es conveniente y se ha expresado con dignidad.

Pero como *Gil Blas* haria probablemente lo contrario que el Sr. Gisbert, no podria ser, por lo visto, director de Estancadas en estos tiempos.



Hicimos una pregunta al egregio Sr. *Boletín oficial del ayuntamiento*, pero no se ha dignado contestarnos.

La pregunta se referia al kiosco de la calle de Alcalá, frente al café Suizo.

¿Por qué no nos ha contestado *El Boletín*? ¿Por qué somos un periódico chico?

Pues tenga entendido su señoría, que el tamaño de los periódicos se mide por el número de lectores.

Con que, *no faltar*.



Dice *Los Dos reinos* que en el asunto *camelli*, debimos esperar á que hablara el acusado.

Lo mismo dicen los borbónicos sobre el discurso de Figuerola.  
Y añade que así lo manda la buena educacion.  
Lo mismito que los borbónicos.



Un hijo de Ros de Olano, ayer oficial de infantería, hoy es gran cruz é introductor de embajadores.  
Hay familias que pueden poner en su escudo este mote:

*Por la reina y contra la reina.*



Momentos antes de levantarse la suspension de garantías, han sido desarmados los voluntarios de Palencia.

No dirán Vds. que el gobierno no sabe aprovechar los últimos momentos.



Un periódico carlista dice que las autoridades civiles meten á los pobres en la cárcel confundidos con los criminales, y que á algunos los envian á Canarias.

Nos alegramos de que sean carlistas los que propugnen semejantes paparruchas.



*El Moro Muzu*, periódico que se publica en la Habana, trae un artículo titulado *Necrología*, que empieza con esta esquila:

+

**EL PARTIDO REPUBLICANO ESPAÑOL**  
(Q. E. P. D.)

**HA FALLECIDO**

Sus parientes más cercanos y antiguos camaradas, suplican á los desocupados se sirvan encomendar su alma (de cántaro) á quien se les antoje, y acompañar su cadáver á la mansion de las extravagancias donde se le relegará á perpétuo olvido.

El duelo se despide  
en la  
PARED DE ENFRENTÉ.

El director de *El Moro Muzu* y autor de ese escrito es el Sr. D. Juan Martínez Villergas, el cual, dando por ciertas todas las calumnias que han circulado contra los republicanos, no quiere pertenecer en adelante á un partido de bandidos (son sus palabras).

Como el Sr. Villergas está en la Habana, y como á los republicanos españoles importan poco sus palabras, no entraremos en una polémica inútil.

Bueno será, sin embargo, que tengamos presente el artículo *Necrología* y la esquila mortuoria.

El porvenir se encargará de probar quién es el cadáver.



Un pobre guarda del Retiro ha sido el primero de los pobres que habian de helarse este año en Madrid.  
¡Dichoso el dinero que no puede morir de friol!



*Los progresistas*.—Esto es preciso que acabe. ¿Se quieren Vds. ir, señores unionistas?

*Los radicdles*.—¡Hombre, sí, que se vayau!

*Los unionistas*.—Nos iriamos de buena gana, pero nos quedamos por hacer á Vds. un favor.

Y la revolucion navega en tanto por el piélagos inmenso del vacío.



**De balcon á balcon.**

—Buenos dias, vecina; ¿ha visto Vd. qué nevada?

—Sí señora; yo no salí ayer en todo el dia.

—¡Ay! yo no puedo estar todo un santo dia metida en casa, y menos si es fiesta.

—Pues mire Vd., nosotros, al ver las calles cómo estaban, tuvimos miedo de salir; encendimos un buen brasero, y mi esposo estuvo leyendo un libro, con el cual nos pasamos las horas muertas...

—¿De qué trata el libro?

—Es la historia de los reyes.

—Que en paz descansan, ¿no es verdad?

—Sí señora, de los Borbones.

—¿Y qué dice esa historia de la Isabel?

—Ahora estamos con su padre, con Fernando VII.

—Y diga Vd., vecina, ¿qué tal era el padre?

—¡Calle Vd., por Dios! ¡Si viera Vd. qué caprichos tenia!

—Respecto á mujeres, ¿eh?

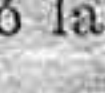
—No hemos llegado á ese punto todavía; estamos cuando era niño.

—Cuando niño supongo le gustaria jugar.

—¡Pero qué juegos! Se entretenia en sacar los ojos á los pájaros vivos que caian en sus manos.

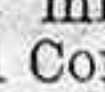
—¡Vaya unas inclinaciones que tenia el angelito!

Ahora comprendo que su hija, la Isabel, haya sido tan cruel para los liberales, porque como dice el refran: «De tal palo tal astilla.»



El escultor Sr. Figueras, de cuyo mérito artístico hemos hablado, á propósito de la escalera de mármol labrada para el palacio del señor duque de Sexto, nos ruega en un atento comunicado que hagamos público que el conocido y malogrado artista Sr. Bellver, emprendió con él dicha obra, y trabajó en ella hasta que se lo impidió la enfermedad á que ha sucumbido.

Para nuestro objeto es una excelente prueba la noticia del Sr. Figueras, pues demuestra que en España no escasean tanto como parece los hombres aptos.



Entre todos los eclesiásticos del mundo católico no ha encontrado el Papa mismo uno que sea capaz de escribir la historia del Concilio, y ha tenido que dar este encargo á un paisano: á César Cantú.

A César Cantú, que hablando del siglo presente, dice:

«Este siglo, no solo ha llegado á dominar el mundo físico con sus prodigiosos desenvolvimientos, sino que además le debemos el respeto al ser humano, la dignidad personal, la generalizacion del bienestar, de los conocimientos y de la razon.»

Cuando el Papa tiene que aprehender con un cronista que ensalza lo que él condena, ¿se verá apuradillo?



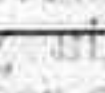
**PASATIEMPO.**

Solucion á la Charada del número anterior: *Risueño*.

**CHARADA.**

Mi prima con la tercera  
conoce bien el negrero,  
cual conoce la segunda  
un buen guia y arriero.  
Es el todo la mujer  
que se dedica á un comercio,  
que tiene por resultado  
hospital y cementerio.

(La solucion en el número próximo.)



**POMADA REGENERADORA.**

No más cabellos blancos.

Esta pomada es la llamada á reemplazar todas las tinturas; solo el usarla una vez se ve su buen resultado y la verdad de este nuevo descubrimiento. No mancha, pues se usa como cualquier otra pomada. Depósito: en las principales capitales de España y Portugal.—Madrid, calle de Carretas número 35, principal derecha.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27